

F. Gómez Hidalgo
Un almuerzo con Blasco Ibáñez
(*La Tribuna: diario independiente del medio día*, 3-6-1913; *La Revista de Yucatán*, 22-6-1913)

Hallado aquí en París, oyéndole hablar en francés perfecto de creación de pueblos y de negocios fabulosos, diríase entre el ruido atrayente de los pesos citados por millones, un *yankee* aventurero. Sus ojos arden, mientras habla, como dos brasas. Su cara, muy cetrina, luciendo tan solo un negro bigote mosquetero, se agita y se contrae nerviosamente. Sus labios dejan de hablar de tiempo en tiempo, y sonrían con algo que parece altivez y que parece amargura y que parece desdén.

Entre los españoles no se concibe por el momento un hombre como Blasco Ibáñez. Es el trabajo, es la abnegación, es el desinterés... A proponérselo, hubiéralo sido todo en España. Durante mucho tiempo influyó en la opinión pública con el austero sortilegio de sus creencias éticas, con su crítica viril de las costumbres gubernamentales, con la noble y pompa de su oratoria. Trocado por acción de su talento de revolucionario totalista en hombre desconfiado de los espasmos de una demagogia sin ideal y sin urbanidad, un paso más hubiérale hecho serlo todo: ministro, presidente del Consejo, presidente de la República, si por acaso surgía un día. Pero Blasco no quiso; se consideraba capaz de ser más todavía.

Mientras en esta clara mañana de sol, rara en París, Gómez Carrillo, Blasco Ibáñez y yo, almorzamos en un gabinete reservado del restaurant español de Valentín, el gran aventurero refiérenos su vida. Yo, encantado, le escucho sin pestañear. Gómez Carrillo, el único español que podrá compararse por visión de vida a Blasco Ibáñez, le interrumpe de tiempo en tiempo, haciendo con sus objeciones más interesantes aún el relato.

A medida que Blasco habla con su espontaneidad levantada, fluida y grata, un poco incoherente algunas veces, pero muy amena, yo, en silencio, recuerdo la tarde en que le vi por vez primera, cuando tras de haber pronunciado un discurso violento en el Congreso, un río de gente le seguía vitoreándole. Un policía quiso disolver a los manifestantes excediéndose un poco en el procedimiento. Blasco se opuso, enérgico, y entre el gorón y el insigne novelista surgió un duelo.

Y como yo se lo recuerde, Blasco exclama:

—¡Sí, sí! ¡Cuánto tiempo perdido! ¡Pensar que pudo haberme matado un policía sin haber visto nada, sin haber hecho nada, sin haber conquistado nada!...

Mucho de conquistador antiguo, de creador visionario y apostólico, hay en la vida de Blasco Ibáñez. Abandonando lo que tanta gente ambiciona en España, cuando su triunfo era ya pleno, casi pobre, porque de la política no había sacado nada y de sus libros había vivido, marchó a América teniendo que refugiarse en una choza, que pasar días enteros sin comer, porque estaba lejos del contacto de gentes, para convertir lo que eran selvas en pueblos bellos y modernos.

—Es mi obra; la obra única de mi vida que me enorgullece — exclama cuando yo la elogio—. Cervantes y Nueva Valencia, mis dos pueblos, son como mis hijos, tanto como mis hijos; piensan como yo pienso, hablan como yo hablo, quieren lo que yo quiere, son un pedazo de España, de una España nueva, trabajadora y con ideales.

Mientras habla de España su voz tiembla ligeramente y sus ojos grandes y soñadores parecen empeñarse.

—Si alguna vez mentí —dice de pronto, agitándose nerviosamente en la silla en que se sienta—, si alguna vez mentí a sabiendas de que lo hacía, fue en América al hablar de España. He proclamado mil veces una grandeza que no tiene actualmente; he dicho que su tierra es la más fértil, que sus hombres son los más trabajadores y más sabios, que su clima es el más sano. Y sin embargo...

De nuevo su espontaneidad levantina, fluida y grata, nos habla de Nueva Valencia y de Cervantes, Blasco comparte su residencia pasando varios días en cada pueblo. Frecuentemente se traslada de uno a otro, invirtiendo en el viaje cuatro días en ferrocarril y teniendo que pasar por Buenos Aires. A Cervantes llevará pronto una estatua del gran manco, que moldea Mariano Benlliure en Madrid y que se colocará en la plaza principal de la nueva ciudad; Nueva Valencia, más pequeña que Cervantes, ha sido, sin embargo, el pueblo que mayor trabajo le costó hacer.

—Y eso que tuve una ayuda inesperada y valiosísima, exclama. Un español que llegó a mí recomendado por Lerroux y por Ricardo Fuente; un hombre capaz de resucitar la historia de Hernán Cortés, que además de interpretar mis órdenes y mi gusto a maravilla, es un bravo

que cuando llega el caso lucha sin más armas que sus brazos, con aquellos rudos campesinos; un hombre que tiene la facultad, ya rara, de que se enamoren de él todas las mujeres. De Madrid, tras de que se suicidara su mujer por celos, marchó a América raptando una modista; en Nueva Valencia, hasta ahora, se han suicidado tres despechadas porque no las quiso...

A petición mía, que le escucho admirado, nos sigue hablando Blasco de sus negocios argentinos. De retirarse ahora, le quedaría ya un capital de cuatro millones de pesos.

—Pero es muy pronto —dice—. Más tarde, sí; lo dejaré todo a mis hijos y los haré que me den veinticinco mil francos mensuales.

Antes habrá instituido Blasco cuatro pensiones de quince o veinte mil francos anuales para que un jurado, que compondrán hombres que sepan de la vida, las den a muchachos españoles que no tendrán más obligación que viajar.

¡Blasco Ibáñez! Sin duda es el hombre más grande de la España contemporánea.